

Francisco Zaragoza Esbri

# Reencuentro

Duero, Familia de Eventos

Yo, Juanito, Pasaos en Barcelona a 20

recuerdos a reflexionar en este Duero, las opor-

que sean dignos de ello. Lo hago todo por

hijo. Es un caso que llevamos el recuerdo

hijo. Este es para el primer hecho notal

Duero, Familia de Eventos

Apartir de ahora, después que cada vez

importante que recibes la herencia en este Duero

poner a hijos, cuando a hijo a un hecho en padre

una memoria de que vivas en el presente

Una llave guardada en secreto hasta el lecho de muerte y un misterioso *Diario Familiar* nos conducen hacia una increíble historia a través de una espiral de sorprendentes confidencias de tiempos pasados que, poco a poco, se engarzan con el tiempo presente, formando una vorágine de acontecimientos que arrastran a la protagonista de forma implacable.

**Georgina Pineda**, la protagonista de *Reencuentro*, es una mujer joven que está a punto de entrar en la madurez. A través de la lectura del *Diario* de sus antepasados descubrirá una visión inédita y desconocida de su propia madre y también de ella misma. Y, al mismo tiempo, comprobará cómo su vida se ve influenciada y conducida hasta límites y situaciones insospechadas.

*A mis cuatro nietos,  
Judith, Mireia, Gemma y Marc.*

*Para todos ellos, el deseo de que sus orígenes  
les sirvan de base para crecer y desarrollarse como  
personas de bien, en el difícil mundo en que les ha  
tocado vivir.*

*Somos lo que somos, y a menudo olvidamos que  
nuestra principal riqueza es haber nacido allí donde lo  
hemos hecho.*

Para Irene, mi madre.

## Capítulo 1

*BARCELONA, MARTES 25 de enero de 2005.*

Miro hacia el exterior. No se ve nada. Los cristales de la cafetería parecen glaseados. Están empañados por los más de veinte grados de diferencia que hay entre la temperatura del interior del local y la de la calle. Alguien acaba de dirigirse a mí. No le conozco. Paso de él. Debe ser alguno de esos pesados que se pirran por cualquier escoba con faldas. No le hago ningún caso porque además, hoy da la casualidad de que llevo pantalones. Por hoy ya he tenido suficiente. Me levanto de la mesa y me dirijo con el paso decidido hacia el mostrador. Quiero pagar el cortado que acabo de beberme para marcharme de inmediato. Deseo librarme del pelmazo de turno que me ha tocado en suertes. He tomado un simple cortado con el café descafeinado de sobre, con la leche desnatada y endulzado con solo medio sobre de sacarina en polvo.

Tengo la sensación de que ese cortado es el fiel reflejo de mi vida actual. Todo se me ha convertido en una serie interminable de sucedáneos. Los cafés son ya siempre sin cafeína. La leche que les acompaña nunca tiene crema. Los edulcorantes son todos de fabricación sintética y nunca contienen azúcar de verdad. La poca cerveza que tomo es también sin alcohol. Las relaciones que tengo son sin amistad. Las amistades son pura rutina y sin prácticamente nada que compartir. El amor no tiene destinatario y para colmo de todo ello, el sexo, el sexo es siempre sin compañía.

—¿Qué le debo? —pregunto de forma mecánica.

—Un euro con veinte, señorita —responde el camarero marcando las correspondientes cifras en la caja registradora.

Abro el portamonedas y coloco una moneda de dos euros, en el mismo platillo de color marrón en el que el camarero acaba de depositar el ticket. Por lo menos me ha llamado, señorita. ¿Va a convertirse eso en la única nota amable de esta jornada? La verdad es que ya no deben quedar muchas más opciones para que eso no sea una realidad, porque el día ya está en su recta final.

—¿Siempre te comportas así con todos? —oigo que sigue insistiendo el incansable moscón—. ¿Sabes que tienes unos ojos de gata que me hacen perder el sentido?

—Si sigue molestándome, llamaré a la policía —le advierto de forma tajante mientras recojo y me guardo temporalmente las monedas del cambio, en el bolsillo derecho de mi abrigo—. No me impresionan los pesados como tú —añado y acompaño esta última frase con una mirada directa y llena de profundo desprecio hacia el plasta de tío que me está importunando.

—Siéntate, Rafael. Haz el favor de no molestar más a la señorita en mi establecimiento. Si no dejas de hacerlo, te pondré yo mismo de patitas en la calle —le insta el dueño del bar.

Ignoro también este último comentario y salgo a la calle. En un acto reflejo, me subo la solapa del abrigo para protegerme del intenso frío que noto al salir al exterior. Me recoloco el pañuelo de color rojo que llevo anudado al cuello. Me doy cuenta de que me cuesta mucho realizar este sencillo cometido porque antes de salir del local, ya me había colocado los guantes.

Son poco más de las siete y media de la tarde y la temperatura baila de forma caprichosa. Va alternando sus dígitos entre el tres y el cuatro de la escala centígrada. Comienzo a bajar por el Paseo de Gracia en dirección a la Plaza de Catalunya. Camino absorta en mis pensamientos pe-

ro sigo atenta a todos y a todo lo que me rodea. Al llegar a la confluencia con la Gran Vía, me detengo para mirar los reclamos de las películas que publicitan los carteles exteriores del cine Comedia. Mis ojos se centran rápidamente en la protagonista femenina de la película que se proyecta en la Sala número «2». *Gwyneth Paltrow* es mi artista favorita y lo es por muchas y variopintas razones. La primera y la que desencadenó mi interés inicial por ella, es que sus iniciales coinciden con las mías. La segunda razón se cimentó en la sorpresa de descubrir que éramos también del mismo signo zodiacal. Las dos nacimos bajo el signo de Libra. Ambas estamos pues, marcadas por el signo de la justicia y vivimos bajo el influjo directo del planeta Venus. Y aunque la *Paltrow* celebra los aniversarios con dos días de antelación, soy yo la que le lleva seis años de ventaja. Esas dos coincidencias me empujaron hacia la curiosidad de conocer su personalidad y a comenzar a querer verme en ella, como en el reflejo de un deseado espejo.

Mientras miro los reclamos, pienso en que he visto todas las películas en las que *Gwyneth* ha tenido un papel de actriz, por pequeño que este haya sido. Las recuerdo todas a la perfección. Sé que solo son ficciones de la realidad, pero a mi me han servido de ayuda en mis particulares estados de ánimo y de dudas. Me he acostumbrado a comparar mis reacciones con las que conozco de ella, o mejor dicho, por las de sus personajes interpretados.

La nueva película lleva pocos días en cartel. Miro la hora y puedo constatar que hace unos veinte minutos que ha comenzado la sesión. Es ya una autentica realidad que hoy no ha sido un día de suerte para mí y estoy comprobando que tampoco tiene visos de mejorar antes de que este termine.

El título de la película se las trae, aunque no renunciaré por ello a verla. No obstante, «*Sky Captain y el mundo de mañana*», tendrá que esperar hasta el próximo sábado por la tarde. Para ello, tendré primero que convencer a la loca de mi amiga Mercedes para que me acompañe. Odio ir yo

sola al cine. Creo que no me tendré que esforzar mucho para convencerla. Estoy segura de que lograré su compañía con la ayuda de un pequeño soborno. Se me antoja que una tentadora oferta de invitación a tomar un chocolate suizo en nuestra Granja preferida de la calle Petrixol, resultará definitiva.

Abandono los vestíbulos exteriores del cine y cruzo la Gran Vía de les Corts Catalanes, por el paso de peatones contiguo a los jardines de la Reina Victoria. Me viene a la memoria la forma con la que ha comenzado el día. Me he despertado tarde y mal. Tarde, porque el despertador no ha logrado realizar con éxito la única misión que justifica su existencia en este mundo. A mi me trae sin cuidado si la alarma ha sonado o si no lo ha hecho. Lo cierto es que no me ha despertado y ésa es la única cuestión relevante que me importa considerar. Y también me he despertado mal, porque ha sido mi madre la que ha sustituido al despertador. Lo ha hecho susurrándome al oído una frasecita desafortunada y de una forma que aborrezco totalmente. Su débil hilillo de voz, se ha parecido mucho más a un rezo misógino en una aldea africana que a una verdadera llamada de urgencia.

—Hija mía, despierta. Vas a llegar tarde al trabajo. No gastes tiempo en hacerte la cama porque aprovecharé para cambiarle las sábanas.

Siempre me he preguntado porque mi madre es totalmente incapaz de despertarme gritando un sencillo pero imperativo y efectivo: «¡Georgina, haz el puto favor de levantarte de una puta vez!».

Me gustaría que en alguna ocasión se decidiera a actuar con fuerza, en lugar de hacerlo constantemente con acciones de corte débil e inseguro. Yo era muy pequeña cuando todo aquello sucedió, pero he llegado al total convencimiento de que ella decidió morirse lentamente, poco a poco, día a día, sin prisa pero sin pausa, desde el preciso momento en el que murió mi padre.

Continúo con mi particular labor de seguir repasando el comienzo del día mientras sigo caminando. Esta mañana he tenido que coger el «Metro» para no llegar tarde al trabajo y allí he tenido la segunda experiencia negativa del día. No me gusta el transporte público en horas punta. Son tan solo dos tramos de la Línea 3, los que están comprendidos entre las estaciones de la Plaza de Catalunya y la Diagonal, los que separan mi casa de mi lugar de trabajo. Y yo acostumbro a realizar el trayecto siempre a pie. Me gusta caminar. Pero esta mañana no he tenido otro remedio que coger el Metro. Pues bien, justo en el momento en que se abrían las puertas y yo me disponía a bajar del vagón en mi estación de destino, me han sobado el culo a conciencia. No ha sido un roce fortuito en absoluto. He notado claramente como dos manos se posaban en mis nalgas y luego las manoseaban sin reparo. Recuerdo que me he girado furiosa pero la gran cantidad de personas que se han apeado en esa estación, que también es de enlace con la Línea «5», me han arrastrado y me han obligado a quedarme con un par de narices y con el culo contento.

Siempre he odiado que me tocaran el trasero. Mi padre solía hacerlo como una de sus gracias preferidas y yo siempre le reprendía por ello. ¡Y eso que se trataba de mi propio padre y eso que yo era tan solo una niña!

Cuando he salido de nuevo a la calle, estaba muy preocupada por alisarme la parte posterior de mi abrigo. Con ello, estaba intentando eliminar cualquier imaginario vestigio que pudiera quedar del tocamiento que acababa de sufrir, cuando el tacón de mi zapato izquierdo se me ha colado entre el bordillo y la acera con un resultado fácilmente imaginable. He tenido entonces que caminar como una coja hasta la oficina.

Allí me he cambiado los zapatos del tacón roto, por unos más planos y mucho más cómodos. Son unos zapatos de reserva que tengo guardados en el trabajo para que me saquen de cualquier emergencia. Me son muy útiles en los



días de lluvia. Algunas veces, los uso simplemente para poder descansar los pies, cuando el resto de mi vestimenta combina adecuadamente con ellos.

Es evidente que éste no ha sido el caso de hoy. Y por tanto, no he tenido otra opción que lucir durante toda la mañana un impecable traje pantalón de color gris oscuro, con los zapatos reserva de color crema y de punta redonda. Ha sido espantoso. Cada paso que daba era como un pequeño atentado visual que clamaba al cielo de una forma silenciosa pero desgarrada.

Ha sido en la oficina donde he tenido la tercera nota desagradable. Y aunque a esta ya estoy mucho más acostumbrada, no ha dejado por ello de fastidiarme y de joderme enormemente. A eso de media mañana, he tratado de recomponer inútilmente el tacón con un tubo de pegamento de la oficina. Para ello me he ido a los servicios y he empleado unos pocos minutos en el intento. Al salir de ellos me estaba esperando el jefe de mi departamento. El muy capullo, esgrimiendo y haciendo gala una vez más de su habitual simpatía, se ha dirigido a mí diciéndome en tono burlón y ofensivo.

—¿Se puede saber que estabas haciendo en el servicio? Quince minutos dan para mucho allí dentro. ¿Acaso te dedicas a arreglar aquí, algún problema que no puedas solucionar tú solita en la habitación de tu propia casa?

Evidentemente, he optado por la decisión de no hacerle caso y solo le he contestado con un escueto:

—Lo siento —e inmediatamente después, he regresado a mi mesa de trabajo sin dar más explicaciones.

Al sentarme de nuevo frente al ordenador de mi mesa, he podido ver como las cifras de la hora rebotaban de forma incansable e implacable en la pantalla. Hace algunas semanas que yo misma configuré el protector para que se activase a los ocho minutos de inactividad. ¿Habrá tenido entonces razón, el sebo y amargado de mi jefe? ¿Habré es-

tado realmente más tiempo encerrada en el baño del que yo me había imaginado?

—¡Que se joda! Eso ahora ya no me importa en absoluto —pienso esbozando interiormente una tímida sonrisa, mientras cruzo el Paseo de Gracia con la clara intención de perderme en lo que quede de la rebajas de El Corte Inglés.

Yo siempre he sostenido la teoría de que los Grandes Almacenes dosifican y reparten las existencias de sus ofertas durante todo el periodo de rebajas. Por esa razón, todavía confío en que encontraré lo que yo quiero.

Entro y subo hasta la primera planta. Me quedo en ella. Hace tiempo que ya he renunciado a encontrar nada en la cuarta planta, la que está dedicada a la moda para las féminas jóvenes. Me paseo por todo el departamento intentando encontrar un chaquetón. Busco un tres cuartos de color gris oscuro que tenga el cuello muy ancho. A mis treinta y ocho años, he decidido que todas mis prendas de vestir, rocen el espectro cromático del negro absoluto.

Me centro especialmente en la sección de abrigos pero a la media hora abandono la búsqueda y desciendo otra vez hasta la planta baja. Salgo de los almacenes sin haber comprado nada por la puerta de la esquina que queda más cercana al Portal del Ángel.

El cambio de temperatura me transporta otra vez al repaso cronológico de todo lo que me ha sucedido en el día de hoy. Me concentro en encontrar una posible explicación convincente a lo que he visto en el ordenador. Tengo un trabajo que me gusta. Es un trabajo un poco rutinario y muy distinto a lo que siempre había imaginado para mí, pero también tiene su encanto y hoy he tenido la ocasión de comprobar que tampoco está exento de sorpresas. Estoy completamente segura de que esta mañana he visto en la pantalla del ordenador, algo que no debía haber visto.

Comienzo a descender por La Rambla y dejo la fuente de Canaletas a mi derecha. No quiero pensar más en lo que he visto hoy. Solo pienso en llegar a casa y quitarme

los zapatos que me he comprado durante la hora de comida. Me aprietan demasiado. Siento que mis dedos meñiques no tienen espacio en ellos.

No sé cómo no me he dado cuenta de ello. La culpa la deben tener los zapatos reserva de color crema que he llevado durante toda la mañana. Me habrán relajado tanto los pies que no he notado molestias cuando me he probado los zapatos nuevos. Ahora que ya estoy llegando a casa, siento un dolor difícilmente soportable.

Continúo caminando, procurando abstraerme del dolor cuando giro a la izquierda y entro en mi calle, la calle de la Canuda. En esta pequeña, estrecha y entrañable arteria del casco antiguo de la ciudad, vivo yo desde que tenía unos cuatro años. Mi padre alquiló en aquel entonces, un piso de tres habitaciones en una casa nueva de cinco plantas. Un auténtico lujo para las tres personas que éramos en aquel entonces. Al llegar a su altura, miro instintivamente hacia el balcón de la segunda planta que pertenece a nuestro pequeño comedor. Es uno de los pocos balcones que no tiene una pancarta textil colgada en él. No soy muy amante de las pancartas pero siento una especial debilidad por una que está colgada en uno de los balcones más altos del edificio contiguo. En ella reza lo siguiente «*Una Plaça de disseny feta sense cap seny*» (Una Plaza de diseño construida sin ningún sentido común). El mensaje al alcalde Clos, no puede ser más claro y acertado.

Centro de nuevo mi mirada en nuestro balcón. Me sorprendo y me preocupo al observar que la luz no está encendida.

—¡Por favor! —me susurro interiormente mientras empujo la puerta que me da entrada a la escalera de mi edificio—. ¡Ya basta por hoy de cosas negativas! —suplico de nuevo con la voz baja y desesperada mientras subo hasta el segundo piso. Cuando me encuentro frente a la puerta de mi casa, hago sonar el timbre y coloco simultáneamente la

llave en la cerradura y la abro. Es lo que acostumbro a hacer siempre que entro en casa.

—¡Mamá! —digo alzando la voz, sin obtener ninguna respuesta.

## Capítulo 2

—¡MAMÁ! ¿ESTÁS EN CASA? —repito mientras corro hasta su habitación, presa ya de una creciente ansiedad que me atezana.

La luz de la mesita de su cuarto está encendida. Al entrar veo que mi madre está tumbada en la cama completamente vestida. Me acerco a ella y compruebo que respira muy débilmente, pero todavía lo hace. Tiene los ojos en blanco. Llamo al «061».

Me contesta una voz neutra. Una voz metódica, sin casi entonación. Me desespero y trato de hablar deprisa. Me doy cuenta de que yo estoy intentando recuperar todo el tiempo que ella pierde en sus preguntas. Por fin logro terminar con el inútil interrogatorio al que he sido sometida. Me han asegurado que la ambulancia solo tardará unos pocos minutos.

—Pero ¿cuántos? —grito desesperada mirando a mi madre.

Me han recomendado que no la toque de la postura en la que se encuentra. El hecho de que siga respirando, así lo aconseja. Estoy nerviosa. Miro por la ventana de la habitación de mi madre que también da al exterior. La gente camina deprisa. El frío relaja el pulso pero acelera el paso.

A estas horas ya no hay nadie mirando las ruinas de las excavaciones de origen romano y visigodo que hay en la plaza. Tan solo un par de perros corren incansables una y otra vez en busca de la pelota de papel que les lanza el chico que sostiene sus correas.

De pronto una sirena y unas luces rompen el silencio. La monotonía que hasta ese momento imperaba en la Plaza de la Villa de Madrid, se ve alterada por completo.

Veo que la ambulancia se detiene en medio de la calle. Lo hace sin ningún tipo de miramiento. Rápidamente, dos personas descienden de ella y desaparecen de mi vista mientras el tercero, el chófer, se queda al cuidado y preparación de la cabina trasera.

Llaman a mi puerta. Me maldigo al pensar que yo podía estar esperándoles allí, en lugar de haber estado bobeando y mirando por el balcón. Son un hombre y una mujer. Entran y actúan con rapidez.

—¿Cuánto tiempo lleva en este estado? —pregunta ella, que parece estar al mando del equipo.

—No lo sé. Acabo de llegar del trabajo —contesto aguantando mi voz todo lo que puedo—. ¿Es muy grave? ¿Qué es lo que le ha pasado a mi madre? —pregunto inmediatamente después.

—Tiene todo el aspecto de ser solo una lipotimia. Pero tenemos que hacerle más pruebas para descartar otras posibilidades. Nos la llevamos.

—¿Adónde? —pregunto como una colegiala que parece padecer una incontinencia preguntadora. Sé que lo hago solo porque estoy nerviosa pero así y todo, no puedo evitar hacerlo.

—Al Hospital Clínico. Usted puede venir con nosotros. Hay un asiento libre al lado del conductor.

—De acuerdo —les contesto mientras ellos solicitan la ayuda del tercer miembro de la ambulancia.

Entre los tres bajan a mi madre por la escalera. La han colocado en una especie de silla muy estrecha y con un respaldo muy alto. Veo como su cabeza va de un lado a otro, sin control. Intento alargar el brazo para sujetarla y para evitar que se golpee pero no logro llegar hasta ella. No me queda otra opción que callar, morderme los labios y dejarles hacer.

La ambulancia atraviesa la ciudad de una forma que me sorprende. Resulta muy extraño moverse por ella dentro de un vehículo que no para de hacer luces y sonidos. Apenas tarda diez minutos en comenzar a perderse por los túneles de acceso a las Urgencias de la calle Casanova.

Cuando bajo de la ambulancia, me indican que debo ir a cumplimentar el ingreso de mi madre a la ventanilla correspondiente. Una vez cumplido con ese sencillo trámite, tengo que subir hasta la planta principal y esperar en la sala. Me dicen que me llamarán en cuanto tengan algo que comunicarme.

Asiento con la cabeza sin pronunciar palabra y miro como se llevan a mi madre en la camilla. Debajo de aquella manta de color blanco con alguna que otra franja azul, apenas se aprecia que hay una persona. Tengo la sensación de que su cuerpo se ha encogido todavía un poco más. Mientras contesto a todas las preguntas para efectuar el ingreso, miro con atención a las paredes. El lugar ofrece una imagen sumamente desangelada. Por fortuna, los enfermos que ingresan por estos sótanos, están demasiado preocupados por lo suyo y no se dan cuenta de ello. En caso contrario, más de uno cogería una profunda depresión que le resultaría mucho más difícil de superar que su propia enfermedad.

Subo los diecinueve escalones que me llevan hasta la gran sala de espera. Busco un asiento libre. La sala está llena a rebosar. Afortunadamente localizo una silla libre en uno de los rincones. Al llegar a ella me quito el abrigo y me lo coloco encima de las piernas. No hay otro sitio donde poder dejarlo.

A mi derecha tengo a tres hombres jóvenes de raza árabe y a una mujer con un pañuelo que le cubre la cabeza. Enfrente veo a una pareja de chicas rubias con los ojos extremadamente claros. Deben ser rusas, ucranianas o algo por el estilo. Al mismo tiempo, a mi izquierda, resuena la voz de un padre regañando a su hijo de unos cuatro o cinco